

REFLEXIONES SOBRE EL ENCUADRE EN LA CASA DE LA FAMILIA.

Embates de la “REALIDAD” / Miguel Maldonado Pedreros

Quisiera empezar evocando mi llegada hace ya algunos años a la Casa de la Familia. Había leído algo sobre el proyecto y conversado con su promotora sobre el espacio de acogida; pero la sensación fue extraña. Me sentía desubicado, sin entender cómo se realizaba el trabajo; y como suelo reaccionar en estas situaciones, me mantuve al margen y me refugié un buen tiempo, recuerdo, haciendo rompecabezas, mientras miraba y trataba de entender. Poco a poco fui percibiendo que me faltaban algunas cosas de las que disponía en mi consulta. Empecé a reflexionar sobre algo que en el consultorio, de repente por lo cotidiano o por tenerlo tan asumido, ya no le daba la importancia que ahora sentía que tenía; me refiero a aquello que reconocemos como encuadre.

El encuadre tiene varias vertientes, desde las cosas físicas, como características del *setting*, los elementos temporales como el tiempo que pasamos y la frecuencia con que vemos al paciente, hasta la actitud como recibimos al paciente, y que se espera que ayuden a un desarrollo satisfactorio del tratamiento. Es allí donde entramos en los temas de la técnica, como por ejemplo, la consigna, la abstinencia, las herramientas de que disponemos para entendernos y entender lo que se está dando en nuestra relación con el paciente, etc. En la Casa de la Familia viví el encuadre como algo muy importante, y es que el encuadre también tiene un efecto protector.

Dos cosas se fueron decantando con el tiempo y me ayudaron a ir llegando cada vez más al trabajo en la Casa de la Familia, proceso que aún continúa y no sé si algún momento terminará. La primera era lo inerte o desubicado que me sentía por la falta de un encuadre que me ubique en este nuevo espacio, y la segunda, que es la más importante, es el tema del presente trabajo: Que la prevención temprana en salud mental a través de los espacios de acogida, si bien lo hacemos desde una escucha psicoanalítica, implica una técnica diferente a la del consultorio. Y que por lo tanto el encuadre -aquellas cosas de las que requerimos para poder facilitar, y por qué no, realizar nuestro trabajo-, también poseen características diferentes. Uno de los objetivos de este trabajo es colaborar a seguir bosquejando las características propias del encuadre en la Casa de la Familia.

Este darme cuenta, como suele suceder, me ayudó a seguir aclarando las cosas. Es más, la tendencia a reaccionar como en el consultorio es algo que constantemente revisamos en la supervisión, y que aún ahora suele aparecer a veces como una suerte de tentación prohibida. La idea en la Casa de la Familia parte del lugar opuesto, desde la salud. No se busca patologizar ni diagnosticar a la persona sino brindarle un espacio de acogida y una escucha que permita (a quienes lo deseen) entrar en un tipo de relación que los ayude a reencontrar y disponer de sus habilidades, para a partir de ahí, acceder a formas más satisfactorias de vida. Y el hecho que esto se dé en el ámbito de la relación temprana entre la familia y el niño, es lo que le da el carácter de preventivo.

Con la frase “ven a jugar con nosotros”, recibimos a las familias diciéndoles que es un espacio para que puedan acudir a jugar con sus hijos y que trabajamos de martes a viernes de 3.30 a 6.30 pm. Cada día de semana tenía un equipo diferente de psicólogos, pero siempre es el mismo equipo cada día, que somos psicólogos y que estamos a su disposición para jugar y compartir cualquier tema o cosa que desee. La única condición es que es un espacio para niños hasta seis años y que ellos siempre tienen que venir acompañados por un familiar.

¿Qué es lo que acontece? Algunas madres van únicamente a jugar, y nosotros jugamos con los niños. Por lo general, el familiar que los acompaña se va incorporando a los juegos, o hace algún grupo con otras madres o familiares, con quienes en algunos casos llegan a establecer una amistad. Hay otro tipo de madres que llegan directamente a expresar algún tipo de preocupación que son por lo general las enviadas por familias que han asistido antes. Así como otras que se toman un tiempo, quizás como el que yo me tomé al inicio, y después buscan a alguien del equipo para conversar. Los temas que se tratan más que problemas psicológicos, son situaciones cotidianas como, por ejemplo, problemas en la educación de los hijos. Otras llegan buscando a alguien en especial, porque son derivadas, por ejemplo, con un “vaya y busque a Miguel”; estos casos asumen características difíciles por que estas madres casi siempre solo quieren hablar con el aludido, no tomando en cuenta al resto del equipo y buscando una relación más de consultorio.

Una idea más clara sobre la manera en que trabajamos la vamos a obtener de las familias que les presentaré a continuación. Son tres familias, que por sus características, movilizaron mucho al grupo a actuar. Nos hacían sentir la urgencia que tenían de satisfacer sus necesidades materiales primarias o básicas, lo cual perturbaba la posibilidad de poder escucharlos y acogerlos en una perspectiva que trascienda lo concreto o lo caritativo. Repasemos antes algo de nuestro encuadre en esta línea.

Empezaré evocando una parte del encuadre que seguimos en nuestro trabajo que creemos que es insoslayable en cualquier escucha o abordaje psicoanalítico. Me refiero a lo que algunos llaman “regla” y que yo prefiero señalar como “principio de la abstinencia”. Y digo que es insoslayable porque en el método psicoanalítico lo que se busca es facilitar el acceso a una comprensión a partir de la frustración o no-satisfacción de las exigencias libidinales de la persona. Como dice Freud, en aquel hermoso texto sobre el amor y la paciente que se enamora de su analista

("Puntualizaciones sobre el amor de transferencia" de 1915), al referirse a la abstinencia: "...queremos más bien sentar el principio de que debemos dejar subsistir en los enfermos la necesidad y el deseo como fuerzas que han de impulsarle hacia la labor analítica y hacia la modificación de su estado, y guardarnos muy bien de querer amansar con subrogados las exigencias de tales fuerzas". Pero muchos casos que acogemos en la Casa de la Familia presentan demandas imperiosas de casa o comida. ¿Es viable, posible o necesaria la frustración aludida? ¿Cómo manejar la irrupción tan fuerte de esta supuesta realidad en la escucha? Reflexionaremos sobre ello a partir de estas familias.

Partiremos de tres experiencias que nos generaron precisamente un estado de ánimo límite que nos empujó a actuar y que nos puso constantemente a prueba. Es lo que a veces sentimos como un ataque intenso de la "realidad", ante el cual no reaccionar sería como negar la realidad. Vamos a tratar de reflexionar sobre cuál es el tipo de realidad que se quiere negar.

FAMILIA 1: "LA CASA SIN FAMILIA"

La llamaremos como la bautizamos en la supervisión (muy descriptivamente): "La familia sin casa". Llegaron por un aviso que teníamos pegado afuera del local de Lima, e incentivados por el portero del local. Regresaban, si se podría decir así por que tampoco tenían adonde ir, de Cáritas, de recoger alguna ropa y comida. Voy a presentarles parte de su llegada a La Casa de la Familia, porque creo que además de ayudar a reflexionar sobre el encuadre, ayudará a entender cómo es nuestro trabajo.

La madre (M.) es una mestiza gruesa, corpulenta, con una expresión de cansancio en el rostro, mira por lo general hacia el suelo con la cabeza gacha. Acude con cinco niños: la mayor Janet (12), Jesús (11), Susana (6), Raisa (4) y Juan José (1.1). Todos los niños representan sus edades, se les ve despiertos y fácilmente

se ubican en la casa poniéndose a jugar con los otros niños. Cuando la acogedora (A.) se acerca a la madre observa que tiene al más pequeño dentro de una manta amarrada a sus espaldas, y que si bien los niños están con ropas limpias emiten un olor muy fuerte y nauseabundo, que obstaculiza desde un inicio el acercamiento y provoca que otros miembros del equipo tomen distancia.

A. le plantea que si desea podría ponerlo en el corralito que está al lado, para que así ambos descansen mejor (el niño se encontraba aplastado contra la banca y con la cabeza descolgada). La madre contesta que no, porque como se acaba de dormir se va a despertar llorón y de mal humor, que él no es así pero ahora está mal de la barriguita, que justo venían de Cáritas donde les han regalado alimentos y ropita (la ropa limpia que reciben se las cambian por la vieja para que no las vendan).

[Desde el inicio impactó el mal olor que fue invadiendo todo el local y que llegaba a niveles insoportables. También llamaba la atención que este proviniera de unos niños que estaban con ropa limpia. Esta escena nos muestra dos tipos de ayuda que se pueden brindar a estas familias. Una, la más común, es la que va orientada a lo material, que si bien puede calmar por un momento el hambre o cubrir el cuerpo en una forma más agradable, deja de lado otra parte que huele mal, y que es la que queremos acoger nosotros: aquella que es informe, pero que percibimos como el olor que ingresa en nosotros por encima de nuestra voluntad. Pero la terapeuta, quizás con mucha premura o impactada por el olor, no le explica de qué se trata nuestro trabajo, y busca ayudarla, brindándole más comodidad o quizás -sin proponérselo- apartando un poco el mal olor. Este planteamiento es rechazado por la madre, ¿porque aún no podía recibirlo, por desconfianza?, o ¿porque ella y lo que representa el mal olor son inseparables? Esto lleva a que la señora le pida que la ubique un poco más.]

Mientras A. conversaba, se va dando cuenta de que la madre no mira de frente, tiene media cara y el ojo izquierdo tapado por el pelo, y de tanto en tanto echa

una mirada furtiva con el ojo derecho. En un momento M. le pregunta por la Casa de la Familia, ¿Qué es esto? A. le dice que somos un grupo de psicólogos que estamos allí para jugar con ellos, y si desea, conversar sobre cualquier tema.

(La señora mira a sus tres hijos mayores que se encontraban jugando en la mesa del frente y una vez ubicada respecto a dónde se encontraba, dice con voz tímida, tierna, y mirándolos como juegan) “Jesús es muy humilde y tranquilo, incapaz de mentir o agarrar algo, me ayuda mucho”.

A. le remarca lo feliz que está con su hijo mayor.

[Con su actitud de no mirar de frente denota que hay algo que no se siente cómoda de mostrar. Ante la consigna planteada por la terapeuta, la señora empieza a mostrar una parte buena, que al ser remarcada por A. -a pesar de ser corregida por ella como luego veremos-, permite que sus ideas fluyan con libertad, y aparezca lentamente la parte escondida, sus preocupaciones.]

M.: “No, la mayor es Janet, pero que no es como Jesús. Susana es muy movida y hace lo que sea para conseguir lo que quiere”. Regresa su mirada a Janet y dice que es ella quien la preocupa. Hace un silencio y cambiando de expresión dice “soy viuda desde hace un año... no hemos podido pagar la casa y nos han botado. Estamos ya hace un tiempo deambulando por las calles, comiendo cualquier cosita, de lo que conseguía de cualquier lavadita... recién ahora he encontrado el comedor gratuito de San Francisco, donde desayuno y almuerzo... También por el Hospital Santo Toribio de Mogrovejo, un viejito nos está dando donde dormir, pero solo podemos ir a eso de las ocho. Nos da una camita para todos y a veces enciende el televisor... A eso de las cinco nos bota a la calle porque no quiere que nos vea su hija... De él es que tengo miedo... por mi hijita. Veo que la mira de otra manera, o le da a escondidas propina o alguna comida que guarda...”

A. le dice que es una madre muy atenta y preocupada por lo que le pasa a sus hijos, porque las cosas que hace muestran que trata de darles un buen cuidado.

[La señora muestra su desconfianza: la ayuda no viene sola, siempre tiene un riesgo. Pero la terapeuta nuevamente al acogerla rescatando su parte saludable genera en ella la confianza. Así M. pasa a articular sus preocupaciones actuales con su historia. Poco a poco va sintiéndose escuchada de una manera tal que empieza a mostrar sus cicatrices. Pero esta vez se tratan de otras cicatrices: las de su alma.]

M.: Es que no quiero que le pase nada a mi hijita..., es que yo no quiero que le pase lo que a mi me pasó: yo fui abusada por mi padrastro a los 12 años... Mi mamá no me creyó, me dijo que seguro yo me había insinuado... Esa misma noche me escapé de mi casa y deambulé por las calles, hasta que me encontré con un joven que me llevó a la casa de unas chicas. En esa casa en el Callao, las chicas recibían chicos, marineros... Pasé por mucho señorita... En la calle se sufre mucho, si yo le contara... Después me fui con ellas al Agustino y nos íbamos a la Parada a tomar con unos hombres... Solo una vez me dieron droga. Sentí mi cuerpo muy mal, por eso nunca más acepté... Todo lo que he pasado... Una vez una banda de chiquillos me quisieron violar en la Parada, me cortaron por toda la cabeza y el cuello con una botella rota (muestra algunas cicatrices sin mover su rostro ni su pelo)..., por eso es que no quiero que le pase nada a mi hija y estoy todo el tiempo con ella y sus hermanos. No dejo ni que llegue adelantada a la casa del señor.

A. le dice que siente una vez más que es una madre preocupada que sabe cómo cuidar y proteger a sus hijos, pero que entiende el **por qué** de su preocupación y también lo difícil de hacerlo en las condiciones en que están.

[Encontramos que las historias lamentablemente se repiten: las cicatrices en su cuerpo eran también las cicatrices de su pasado, que ella en un principio escondía

y que poco a poco estaba empezando a compartir. Pero también nos estaba traspasando preocupaciones y urgencias del momento -no sabemos para quién más intensas-, que nos impelían a reaccionar como frente al mal olor que se hacía insoslayable. Y continúa:]

Yo a los 14 años conocí a un muchacho que iba a esa casa del Callao... El se quería casar conmigo pero mi mamá y mi padrastro no quisieron, y cuando él se alejó, descubrí que estaba embarazada. Me quedé donde mi mamá; me hacían trabajar como una empleada y mi padrastro me pegaba mucho; no le importaba mi estado. Por eso cuando nació mi hijita me fui, y ellos la criaron... (rompe en un gran llanto y en forma entrecortada dice) cuando tenía doce años mi padrastro otra vez abusó de mi hija, fue horrible... (y sin dejar de llorar agrega) con mi hermana de madre lo metimos a la PIP, pero la mamá lo hizo soltar pagando..., se puso feroz contra nosotros, nos amenazó con quemarnos nuestras cosas pues lo único que queríamos era alejarla de su marido... Por eso es que no nos llevamos con ella ni con los medios hermanos de su parte, y no puedo esperar nada... ninguna ayuda... Mi hijita, gracias a Dios, se casó a los 16 años y tiene una bebita con un chico muy bueno que le ha puesto un cuartito en el Callao...

[Se va mostrando de dónde viene la sensación de soledad, orfandad y las dificultades para confiar en alguien, pero también va apareciendo su deseo o necesidad de poder compartir estas cosas con alguien. Minutos antes se habían encontrado y ya estaban tratando temas así. ¿Estará encontrando por primera vez una casa donde sí la escuchen? Es importante remarcar el ambiente de acogida que ha debido sentir para poder compartir todo lo que hace. ¿La pregunta de A. después de empatizar con sus sentimientos, tendrá que ver con su preocupación por su soledad?]

A.: Entiendo cómo se debió sentir en esos momentos... (silencio, ambas se quedan mirando cómo juegan los niños) ¿me dijo que enviudó hace un año?

M.: También pasé mucho con él, le gustaba tomar, pegarme. Vendía frutas y no cuidaba la plata. Claro, mis hijitas tenían su casita, sus cositas, las quería; siempre se aparecía con una frutita, un pollito... pero no se cuidó, cuando enfermó de la espalda desaparecieron los amigos... Tuve que juntar platita para comprar un cajoncito y en un taxi llevarlo con mis hijas y enterrarlo ahí no más bajo tierra.

[Las muertes y los sufrimientos no están enterrados, sino ahí no más bajo tierra. Los traumas no se reprimen, la acompañan; están casi presentes como las cicatrices de su cara, tanto en la preocupación por su hija, como en su dificultad para ubicarse por no tener casa. Pero también empiezan a aparecer situaciones que la tranquilizan, como su hija bien casada, y esta pareja, que aunque fue presentada con más satisfacciones o seguridades materiales que afectivas, es para ella, desde el nivel de carencia que había vivido, bastante suficiente, a pesar de lo pasajero. Pero ella regresa a sus cosas, y sigue empezando a encontrar cosas "buenas".]

A.: Eso dice mucho de Ud., y sus hijos, a pesar de la pena, recordarán cómo despidieron bien a su padre.

M.: Desde entonces veo por mis hijitas... Yo en esa época trabajaba vendiendo dulces en la puerta de la feria, pero un día que dejé a mis hijos en el negocio me robaron todo... Trabajo ahora un poquito por acá otro por allá, pero es casi nada... Generalmente cuando son hombres solos me piden que les lave la ropa, pero luego me dicen hace tiempo no estoy con mi mujer... yo eso no quiero... no sé qué hacer... Ver a mis hijitas que quieren quedarse a dormir hasta más tarde... quedarse en un solo sitio y no andar caminando por las calles. Mi hijito me dice cuándo tendremos un cuartito con su televisor... él es muy bueno, recuerdo en mi embarazo las piernas se me hinchaban, ponía las piernas en alto y él me las limpiaba con un trapito... me preguntaba si quería algo... hasta mis pañitos de sangre me los lavaba...

Vamos a detenernos en esta viñeta que he presentado explícitamente para mostrar la forma en que trabajamos y para abordar el tema que nos compete: el grado de movilización que trajo esta familia en el grupo. Podemos decir que no solo la acogedora se vio afectada, sino al supervisarla, el resto del grupo cargó esta familia dentro. Durante un buen tiempo constituyó una preocupación para varios: surgieron ideas o planteamientos de qué hacer con esta familia o ver la forma de satisfacer sus necesidades concretas; también estuvo siempre presente la idea de derivarla a algún lugar. Pero hubo otro planteamiento que desarrollaba la idea de que lo mejor que le podíamos ofrecer era un espacio donde estar y compartir sus cosas, de manera tal que pudiera encontrar una salida a su situación. La ambivalencia, como siempre presente, se manifestaba entre el sentir que debido a su situación límite, si no le dábamos algo concreto a la familia, ésta no iba a regresar, y lo que el pasado nos había enseñado: cada vez que habíamos derivado a una familia a otro sitio, ésta nunca había vuelto.

Esta familia siguió viniendo seis u ocho veces más. Los niños se ubicaron más en los juegos, la señora siguió su proceso de mostrar sus cicatrices, compartiendo sus cosas casi siempre con la misma acogedora. Era la primera vez, dijo en algún momento, que había podido compartir estas cosas con alguien. A la segunda o tercera vez que asistió, pidió permiso para lavar a sus hijos en nuestro baño. Esto se hizo una pequeña costumbre antes de que ingresen. Se empezaba a lograr trascender aquellas cosas que nos distanciaban, aquello que nos dificultaba escucharla y acercarnos en un principio. El olor nauseabundo, con todo lo que implica metafóricamente, empezaba a desaparecer, y empezábamos a poder estar cada vez más cerca, o escucharla mejor.

Al final lo que ocultaba con su cabello y la razón por la que no podía mirar de frente era una inmensa cicatriz. Y no era para menos; su vida tenía cicatrices muy grandes, insoslayables, que no había podido enterrar sino muy ligeramente -como el cajoncito del esposo-, y cuyo peso pudo compartir con la terapeuta. Pero durante su paso también nos dejó la sensación de haberla ayudado a poder

rescatar otras partes: las que veíamos en su preocupación por sus hijos y en el juego sano de ellos, las que la hicieron apartarse de la prostitución y de todo el ambiente que va de la mano con ella, para a partir de ahí reiniciar un difícil proceso de revaloración como persona y como mujer. Esperamos que este proceso se haya afirmado en su paso por nuestra casa, teniendo en mente aquella definición -para algunos pesimista, pero para mí absolutamente realista- del psicoanálisis que alguna vez hizo Freud: “es una forma de aprender a vivir mejor con nuestras miserias”.

Cuando M. llegó, estaba bloqueada, no vivía; solo sobrevivía agobiada por sus temores y sin ningún norte definido. La caridad del resto constituía su esperanza de vida, y por qué no decirlo, de muerte también. La última vez que asistió fue para que la terapeuta la ayudara a hacer un documento que era el último requisito que le pedía Cáritas para prestarle ciento cincuenta soles para comprarse un carrito y empezar de nuevo con su negocio de venta de manzanas dulces, que esperamos endulcen algo su ambiente familiar y a otros niños también. Esto lo entendemos como retomar un camino que le va a brindar la posibilidad de ser más dueña de su vida.

FAMILIA 2: KENY Y ROBERT

La señora llega diez minutos antes del cierre. La impresión, relata la acogedora, era como de una ropavejera o mendiga, porque la recuerda con la mano extendida y la cabeza gacha. A. se siente conmocionada tanto por la intensidad del encuentro, que iba acompañado de un pedido de un sol por que no había comido en dos días, como porque ya estaban cerrando y no había mayor tiempo para escucharla. Una madre que se encontraba adentro y la había escuchado, la ayuda a salir del estupor al plantearle que vaya a Cáritas y le da la dirección de un lugar donde puede tomar desayuno gratis. Es importante remarcar que dos años más tarde, esta escena aún permanece vívida en el recuerdo de la terapeuta.

Recién entonces la terapeuta puede explicarle de qué se trata el trabajo que realizamos, y qué podríamos ofrecerle. Ella accede diciendo: “¿entonces puedo traer a mis hijitos para que jueguen acá?”. Como ya estábamos cerrando la madre que le dio los datos la acompaña hasta la puerta y le indica dónde queda Cáritas. A partir del siguiente día la señora empieza a asistir todos los días, por espacio de unos nueve meses; prácticamente esperando en la puerta la hora de entrada. Poco a poco empieza a compartir sus cosas con diferentes miembros del grupo, y en varios momentos conmigo.

La señora llega siempre muy desaliñada, con sus hijos sucios y con la ropa descuidada. Robert de cuatro años, juega algo aislado y en forma muy brusca. A Keny, el menor, de dos años lo recuerdo frágil, bastante delgado, y con ciertas dificultades iniciales para separarse de su madre. Al principio ella trataba siempre de orientar el juego de sus hijos, quería que sus hijos dibujen, que aprendan a hacer rompecabezas, y nos pedía que tratemos de incentivarlos en ello, vinculando estos juegos con el desarrollo de su inteligencia. Keny accedía más a su pedido, mientras que Robert abandonaba rápidamente esa actividad y se iba a jugar otras cosas como con carritos.

Conmigo empieza a compartir algunas cosas que me movilizaban mucho, y que tenían que ver con su precaria situación económica. Ella hacía esporádicos cachuelos de lavado, pero a veces este trabajo se le hacía muy doloroso porque sufría de artritis. Había días que decía “desde ayer mis hijos no han comido”, o “están desde la mañana con un tecito”, palabras para mí más intolerables al relacionarlas directamente con una de mis hijas que tenía la misma edad.

Compartía que cuando va a lavar no puede llevar a sus hijos, así que los dejaba encerrados en su cuarto. Pero cuando los dejaba solos Robert maltrataba a Keny con juegos muy violentos, como tirarse encima de él al punto de chancarlo o no permitirle respirar bien. Alguna vez reconoció que gracias a Robert su casa no se

incendió al caerse una vela porque él la apagó. Con mucha dificultad podía yo a veces rescatar el esfuerzo que hacía para conseguir algo con qué mantener a sus hijos. Otra preocupación reiterada era que sentía que sus hijos, sobre todo Keny, se caían con mucha facilidad y demasiado seguido, y preguntaba si eso era normal. Mi primera asociación fue que se caían de debilidad, pero también me di cuenta de que habían días en que se le veía abatida, deprimida, sin mostrar mayores aspiraciones, por lo que entendí que quizá era ella la que se caía. Las instituciones de caridad suplían algunas de sus necesidades elementales, pero básicamente esta familia sobrevivía.

En un primer momento solo establecía contactos con el equipo. Poco a poco fue relacionándose con otras madres, hasta que durante un buen tiempo llegaba y se echaba a dormir. Nosotros al principio nos encargábamos de sus hijos, pero esta actitud se acentuó tanto que llegó a generar cierta animadversión en el equipo. Alguna vez se trabajó esto en la supervisión porque que iba contra lo que se esperaba que sucediera en nuestra casa, pero pudimos llegar a entender que de repente estaba demasiado agobiada por su situación, y que sus hijos eran parte de ella. Lo tomamos como una cosa de momento, y el tiempo se encargó de confirmárnoslo.

Recuerdo en mi relación con ella varios momentos muy difíciles, como la vez en que se desapareció un buen rato luego de dejar a sus hijos, y a su regreso dijo que había tenido náuseas. Más tarde me comentó que en la mañana había ido a lavar donde una señora y ésta le había regalado comida que le sobraba, pero que de tanta hambre había comido demasiado y se había indigestado y había acabado vomitando todo lo que había comido. La paradoja de que por tener tanta hambre se había quedado vacía me generó mucha desazón.

Otra situación era el rechazo que sufría por alguna gente de su solar debido a las agresiones de Robert a otros niños, o cuando la iban a botar de su cuarto porque debía año y medio de alquiler. Me impresionó la suma que pagaba, una cantidad

para mí ínfima. La culpa que esto me generó me puso al tanto de cuánto me había comprometido con el caso. Más de una vez pasó por mi cabeza darle algo de dinero para que coma, o que la ayude a no perder su cuarto. Nuevamente las supervisiones y mi terapia me ayudaron a entender algo más lo que pasaba y contenerme de ese deseo a veces casi irrenunciable a actuar o tratar de satisfacer sus necesidades a ese nivel.

Después de más o menos nueve meses, su asistencia se hizo más esporádica. Conforme fue pasando el tiempo la madre fue estableciendo vínculos más sólidos con el equipo, y de mayor amistad con las madres. Nuestra casa se fue haciendo un poco su casa. Ahora, después de año y medio, aún muestra cierta dificultad o incapacidad para reaccionar en relación a sus hijos. Por ejemplo, si alguno de ellos se cae, nos mira a nosotros como para que hagamos algo. Lo cual entendemos como que aún hay una parte de ella delegada en nosotros que con el tiempo esperamos que haga nuevamente suya.

Ahora Robert es violento con otros niños de la casa de la familia, cosa que antes hacía en su solar, e incluso a incrementado sus agresiones a gente del equipo, lo cual podría ser algo transferencial que esperamos pueda ser elaborado. Keny se ha empezado a integrar, aunque muy poco, con otros niños, ya que busca más a Robert o a su mamá para jugar. La queja de que se caen muy seguido (creo que se puede aplicar a los tres) ya ha desaparecido.

Hace un tiempo organizó una pollada, de donde recogió fondos suficientes y ha puesto un negocio ambulante de venta de desayunos en algún lugar de Lima. Ya está teniendo algunos ingresos, haciéndose algo más dueña de su vida. Su presencia ha cambiado notoriamente; se arregla más, se asea, e incluso a veces se pinta. A sus hijos se les ve mejor cuidados. Desde el aspecto interno, la madre parece también haber incorporado algo de nosotros. Lo notamos cuando alguna madre llega comentando pesimista y apesadumbrada algo en relación a sí misma o a sus hijos, y ella le dice que no se preocupe, que si sigue viniendo acá esas

cosas pueden cambiar, que es cuestión de tiempo. ¿Será que ha entendido que para que las cosas verdaderamente cambien, más que una limosna es necesario comprometerse en un proceso?

FAMILIA 3: LA PIURANA

Este caso lo denomino así por que se trata de una familia norteña, compuesta por una madre y dos hijos de cuatro y siete años. Su familia tiene allá una chacra y un nivel socioeconómico que le permitiría vivir de su trabajo. Ella llega por el aviso y por influencia del portero a quien ella le comenta sus dificultades y él le dice que allí la pueden ayudar. A partir de ese momento asiste casi todos los días por espacio de tres o cuatro meses. La situación es semejante a las dos anteriores, por lo que me voy a permitir no abundar en muchos detalles.

Ella es una mujer simpática, que llega algo desaliñada, aunque aseada. Sus hijos también están poco arreglados, pero una vez que ingresan al local, juegan y se integran fácilmente con el resto de niños. En el norte, ella había convivido con un policía con quien tuvo los dos niños, que mientras trabajaba había fallecido. Al no haber estado casados ella había tenido problemas para lograr el reconocimiento de su relación con el fallecido y la paternidad de los hijos, y poder gozar de los derechos que tenía. Se sumaba el que la familia del conviviente negaba dicha paternidad. Debido a esto, y después de una serie de trámites frustrados, ella decide venir a Lima, supuestamente por corto tiempo, para formalizar sus situación.

Acá todo se extendió bastante más de lo que imaginó. Los ahorros que trajo se acabaron y su situación económica se volvió muy precaria. Ella trabajaba tejiendo mantos “tipo Catacaos” a destajo, pero le incumplían en el pago, o tenía que esperar a que se vendan o hayan pedidos. Todo esto hacía que su trabajo fuera inconstante. Había intentado otras cosas pero no habían dado resultado.

Además, su condición de estar de paso -porque pensaba regresar apenas lograra recibir sus beneficios-, tampoco le permitían aspirar a una estrategia laboral más a mediano o largo plazo.

Su tema era por lo general los trámites que hacía en el local de Bienestar de la Policía. Las veces que le ofrecían cosas que no se cumplían, las insinuaciones de pedido de coima, o las insinuaciones sexuales para acelerar los trámites o lograr firmas aparentemente importantes. Ella carecía de dinero, y tampoco accedía a los otros pedidos, por lo cual, decía, todos sus trámites se frustraban o no avanzaban.

Los problemas para comer y mantener a sus hijos eran bastante grandes. Sus quejas por la plata que le debían y sus dificultades para pagar su cuarto también eran reiterativas. En la supervisión siempre nos preguntábamos por qué no se regresaba. No podíamos hacernos una idea de qué era lo que buscaba acá. Es más, su familia le decía que regrese, pues podía trabajar con ellos y no pasar por tantas penurias. Pero ella persistía siempre con la ilusión de que le habían prometido que ya salían sus papeles, unida a una gran bronca con la familia de su esposo. Ambas cosas le daban fuerzas para seguir luchando acá por lo que creía suyo, situación que no pudimos llegar a entender.

Ella rápidamente fue aceptada y muy acogida por el equipo, aunque reiteradamente alteraba el encuadre al pretender dejar a sus hijos y recogerlos más tarde, llegando a pretextar la necesidad de hacer trámites. Esta situación fue después conversada con ella y disminuyó significativamente. Sus hijos eran realmente bien bonitos y divertidos, y establecí con ellos una relación muy cercana, lo que en muchos momentos me hacía difícil el poder acogerla sin pensar en actuar ayudándola económicamente. Sobre todo por que ella reiteraba que lo único que quería era trabajo por un tiempo hasta que le salieran sus trámites.

Un día frente a una de sus quejas, accedí a su solicitud de trabajo. Le propuse que me hiciera unos tapetes para mis muebles del consultorio. Ella accedió gustosa y muy agradecida. Llegamos a un acuerdo económico, le di una parte y quedamos que le iba a seguir dando conforme me vaya entregando los trabajos. La primera entrega iba a ser el siguiente jueves. Ese jueves no cumplió, al siguiente faltó, y me enteré por gente del equipo que nuevamente mandaba a sus hijos solos y ella se quedaba conversando con el portero.

Alguna vez nos encontramos y ella me prometió cumplir, pero yo ya sentía que había una distancia entre nosotros. La palabra se iba quedando vacía, ya no tenía el sentido que antes poseía. Incluso entre el cobrarle y escucharla, y no sentir que me había cogido de idiota, hacía para mi cada vez más difícil el acogerla. Alguna vez pensé “ojalá que reconozca su falta para poder retomar el camino”, pero por la situación o mi incapacidad, la situación no se pudo remontar. Al final a veces alguien la veía que llegaba y se quedaba afuera conversando con el portero, hasta que dejó de asistir.

ALGUNAS REFLEXIONES FINALES

El trabajar con poblaciones con este nivel de carencias o miserias materiales, que nos movilizan tanto, hace difícil el poder acceder a sus carencias o miserias psíquicas. Por algún motivo sentimos constantemente un prejuicio muy difundido, del que por supuesto yo participaba: creer que no se puede aspirar a trabajar las miserias psicológicas de no satisfacer previamente -aunque sea de momento- las miserias materiales. Cómo hemos podido apreciar, parece ser lo contrario. Sin embargo, este sector de la población tiene un potencial de desarrollo que es inhibido o coartado si recibe solo atención material, y termina convirtiendo la vida de estas familias en una forma de supervivencia, centrada en perspectivas de satisfacciones de momento, y expectativas que la caridad puede brindar.

Retomar el asunto de la abstinencia nos permite un segundo nivel de reflexión y de comprensión de lo sucedido. En las dos primeras familias podemos observar que a pesar del estado límite, mientras pudimos mantener nuestra actitud de brindarles únicamente lo que denominamos “el espacio de acogida”, las familias pudieron acceder a un trabajo sobre ellas mismas, dentro de una dimensión subjetiva. Es así que podemos afirmar que solo mientras se aborde su impactante realidad material como íntimamente ligada a su realidad psíquica podemos posibilitar que empiecen a disponer nuevamente de sus habilidades, apartarse de la parálisis psicológica que implica la sobrevivencia, rescatarse como personas y empezar al menos a aspirar a vivir nuevamente siendo algo más dueñas de sus vidas.

¿Por qué no se podría integrar una ayuda material con la posibilidad de retomar el desarrollo a nivel psicológico o de autoestima? Para esto no tengo respuestas, tan sólo algunas reflexiones y nuestra experiencia que nos muestra que, por algún motivo que desconocemos, el satisfacer necesidades materiales opaca o inhibe el trabajo a nivel del desarrollo psicológico. Cuando Freud planteaba que la frustración es lo que echa a andar muchas cosas, era una afirmación teórica. En la práctica, cuando se ha derivado a alguna familia a otro centro donde puedan satisfacer sus necesidades materiales (y aquí incorporamos desde alimenticias, hasta médicas o legales), por lo general, las hemos perdido por que no han regresado.

Y esto nos lleva a hablar de la tercera familia. ¿Qué pasó? ¿Cómo así un intento de ayuda o colaboración material puede pervertir el vínculo, tanto con la institución como conmigo explícitamente, al punto de terminar sintiéndome culpable -por mi reacción contratransferencial, por ponerlo en términos técnicos-, del aborto del proceso. ¿Por qué “un exceso de cercanía” puede generar tanta distancia e incluso la ruptura del vínculo? Aún no encontramos respuesta. ¿Será que confundí empatía con identificación, lo cual paralizó mi confianza en el

espacio de acogida, como ellos se sienten paralizados en la posibilidad de aspirar a una situación diferente?.

No debemos tomar únicamente el tercer caso, porque el deseo de gratificar materialmente está presente también en los casos anteriores y en el trabajo en general con este tipo de familias. Este deseo aparece ante nosotros como una demanda transferencial, mediante la cual estas familias pretenden establecer un vínculo autodestructivo que las mantenga en su relación de dependencia. Esta situación paraliza la posibilidad de poder disponer de sus habilidades en una forma más creativa, que las ayude a remontar la situación de sobrevivencia. Estas experiencias hacen que ya no podamos plantear tan fácil e impunemente que en un estado límite no se puede pensar en otra cosa que satisfacer las necesidades primarias. Más bien hemos apreciado que la forma en que los centros de ayuda social o de caridad atienden a estas familias, ha generado la convicción de que la posibilidad de mejorar la calidad de vida pasa primero y ante todo por una satisfacción económica o material momentánea. Y así piensan también otros estratos sociales, cuando creen que sacándose “la tinka” o haciendo un buen negocio todo va a cambiar.

Pero reflexionemos sobre lo que genera esta transferencia en nosotros, es decir las respuestas contratransferenciales frente a estas situaciones límites. Quisiera remarcar dos niveles de demanda. La primera es la explícita, de pedido de cosas, más fácil de manejar por encontrarnos más curtidos por su carácter cotidiano. La segunda es la demanda implícita, que surge del tipo de vínculo que se pretende dar desde el espacio de acogida. Esta moviliza nuestras carencias y culpa por la distancia social, y nos hace sentirnos responsables de su situación, y puede ser de tal intensidad que nos empuja a buscar calmar este dolor por la miseria o la diferencia socioeconómica. De esa manera nos hace ingresar en la ficción o ilusión de que estamos ayudando, cuando en realidad nos estamos coludiendo y potencializando las partes más carenciadas y autodestructivas de estas familias. El resultado es que sentimos cierta calma y satisfacción momentánea -como me

sucedió con la tercera familia. Esto frente a un mendigo que no volveremos a ver no tiene mayor trascendencia, pero en el vínculo dentro del marco de un centro de prevención que pretende entender a la persona desde una escucha psicoanalítica tiene más implicancias.

Podemos concluir que nuestro trabajo confirma que lo que denominamos realidad material -como el estado de miseria por el que pasan estas familias- no es pues únicamente tal, sino también una realidad psíquica, a la cual lamentablemente se le presta muy poca atención, y que si lo trasladamos a un nivel macro, estamos produciendo un tipo de persona que está asumiendo que lo único a lo que puede aspirar es a sobrevivir apoyándose en la caridad.

Por ello reflexionemos sobre un par de estrategias reconocidas como muy creativas en nuestro país, como modelos de lucha contra la pobreza y la miseria: el “vaso de leche”, y los comedores populares. Cabe recalcar que nos encontramos muy lejos de plantear su abolición, pero esto no nos inhibe de plantear una reflexión. Estas estrategias de emergencia se encuentran vigentes 10 o 15 años, y han devenido en formas de vida. Podemos pensar que hay por lo menos una generación de niños o familias que ya no imaginan siquiera la posibilidad de poderse alimentar sin una ayuda social. O que en las familias ha desaparecido la idea o posibilidad de escoger su desayuno, o preparar su comida a nivel particular. ¿Esto no implica acaso un cambio en la estructura familiar?

En la Casa de la Familia estamos trabajando por una forma diferente de ayudar a estos sectores sociales, que permite aspirar a otro tipo de persona, aquella que a pesar de estar viviendo una situación de miseria pueda ser un poco más dueña de su vida.